



Catolicidad e identidad en la esfera pública chilena

El ciudadano católico que quiera aportar a la comunidad debe asumir que solo podrá influir si redefine su posición en ella, afirmando su identidad en atención a los materiales culturales existentes, sin alienarse, sin resentimiento, aspirando con entusiasmo a cambiar al mundo en un sentido pleno y humanizador.

Es fundamental un rechazo activo de lo que hay de intolerable en la Iglesia católica y tener la valentía de afrontar ídolos como el laicismo, el liberalismo y el utilitarismo.

Sergio Micco, Eduardo Saffirio
Centro de Estudios del Desarrollo, CED

Hoy un joven católico que busca promover una educación más justa y una sociedad más igualitaria y participativa, puede encontrar un alto rechazo a su aporte. Esto se debe a que, para muchos de quienes hoy protestan, la Iglesia católica romana desde la Colonia hasta hoy ha legitimado la confusión de la religión con el Estado, los atentados contra el pluralismo social, y la vigilancia y castigo a la libertad. Peor aún, puede ser recibido con recelo porque su Iglesia ha amparado abusos de poder e instituciones educativas lucrativas que reciben aportes estatales.

El joven puede reaccionar encerrándose defensivamente en su identidad atacada o, por el contrario, asimilándose pasivamente a un mundo a ratos beligerantemente anticlerical. La otra posibilidad es asumir una “identidad proyecto” que, a partir del respeto a la tradición esencial, se abra a lo bueno del nuevo mundo. Tal apertura, eso sí, supone negaciones a dos ídolos del foro: el laicismo y el liberalismo a ultranza. No hacerlo es empobrecer la esfera pública y relegar la religión al ámbito privado o al conservadurismo.

LA IGLESIA CATÓLICA CUESTIONADA

Abrirse a esa opción implica que la Iglesia debe chocar contra el laicismo y el liberalismo, ídolos vulgarizados al punto de hacerse no identificables con sus promotores más ilustrados. Para muchos resulta inaceptable que la Iglesia pida o presione por leyes y políticas públicas que financien establecimientos educativos confesionales, o que realice públicas campañas en contra del matrimonio homosexual o el aborto. La Constitución europea no hace mención a sus raíces cristianas. Los franceses condenan la exhibición de crucifijos en lugares públicos. Se cuestiona la constitucionalidad de leyes que establecen que el matrimonio es entre heterosexuales. No faltan los intelectuales que señalan que el Papa debiera ser juzgado por impedir que las mujeres sean sacerdotisas católicas.

Para el joven católico deseoso de comprometerse con el cambio social en nombre de Cristo, el panorama se pone aún más oscuro si al reclamo laicista y liberal sumamos la extendida percepción de que la Iglesia católica es una institución indigna de confianza. Ello, especialmente, tras haber ocultado

el abuso sexual a menores de edad y alentado el lucro en colegios y universidades de élite. Los indignados nos dicen que no es ella la que dará lecciones de autogobierno, igualdad ni lucha contra los abusos de la autoridad y el poder del dinero. “No necesitamos mediadores, y menos a la Iglesia Católica”, proclamó una dirigente estudiantil durante las movilizaciones del año 2011 en Chile.

Como era obvio dada su envergadura y gravedad, los medios de comunicación han destacado profusamente durante semanas o meses los delitos cometidos por miembros de la Iglesia. Los efectos ya se observan en los niveles de confianza de los chilenos en la institución eclesial.

DE LA IDENTIDAD CONSERVADORA A LA RESISTENCIA O A LA ASIMILACIÓN

En el mundo católico el rechazo que generan los hechos anteriores puede producir dos reacciones. La primera es que los católicos pasemos de haber sido una comunidad cuyo sentido era legitimar las instituciones dominantes a ser ahora una comunidad marcada por una identidad de resistencia¹. Esta es propia de aquellos que se perciben en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por las nuevas lógicas prevalentes, por lo cual cavan trincheras de resistencia y supervivencia, basándose en principios diferentes u opuestos a los de las instituciones vigentes. Si la nueva sociedad —abrumadora en los medios de comunicación social y redes sociales— afirma un cierto liberalismo vulgar, los católicos de la resistencia se reconocerán como conservadores. Si el laicismo golpea fuerte, ellos reclamarán que la legalización del matrimonio homosexual o del aborto es simplemente aceptar el mal, abandonar a Dios y pactar con el demonio. Si la democracia relativista permite esto, ¡al infierno con ella! Si decenas de miles salen a la calle a proclamar su “orgullo gay”, ellos se reunirán para expresar “la alegría de ser católicos”. Salir a la calle a proclamar tu propia verdad nada malo tiene. Así lo prueban los activistas de los movimientos sociales. Pero hacerlo para condenar el mundo que es obra de Dios y de los seres humanos, para sustraerse activamente de él, encerrándose en una identidad defensiva, es no entender el ruego de Cristo a su Padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17, 15).

Si esta tentación cobra fuerza, también existe otra. Hemos escuchado a jóvenes de una determinada congregación religiosa decir que la crisis cultural e institucional de la Iglesia católica no los golpeaba tanto pues ellos son “los liberales de la iglesia”. Detrás de este comentario, ¿no se esconderán un abandono de la comunión católica y una cierta identidad que busca la asimilación a la nueva identidad dominante? Detrás de la tentación de asimilarse o hacerse idéntico al otro, muchas veces lo que hay es un sentimiento de vergüenza pública por lo que antes era motivo de orgullo social. Además, el peligro es terminar pasando del generoso impulso de salir al mundo a proclamar su verdad en el servicio a los demás, a la vieja privatización de la

No se requiere a los cristianos hacer una profesión de fe ostentosa; pero sí tener el coraje de dar pública razón de lo que son las propias creencias, dichos y hechos, en el marco y con los métodos propios de la convivencia pluralista.

fe en el refugio de la misa sectaria, la oración privada o el ejercicio espiritual intimista entre los conversos. Y, al retornar a la esfera pública, el asimilado proclamará implícitamente que da por buenos el liberalismo y laicismo prevalentes, e incluso se sumará a las críticas públicas a una Iglesia que ni siquiera ha estado a la altura de ser decente y justa, no digamos santa y mártir —testigo sacrificial— de la verdad de Cristo. Cuando los encontremos en el foro público no se les distinguirá de los otros, pues son uno más de ellos. Obviamente no se requiere a los cristianos hacer una profesión de fe ostentosa; pero sí tener el coraje de dar pública razón de lo que son las propias creencias, dichos y hechos, en el marco y con los métodos propios de la convivencia pluralista. ¿No deben ser los cristianos sal, levadura y luz del mundo? (Mateo 5, 13).

LA IDENTIDAD COMO PROYECTO

Como es evidente, lo anterior no reduce las opciones. Manuel Castells llama a pensar en una tercera posibilidad: la “identidad proyecto”. Es la que desarrollan actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyendo una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad, con lo que buscan la transformación de toda la estructura social. Aquí la comunidad quiere recrear su historia, dando sentido a toda su experiencia, pasada y presente, afirmando su identidad ante sus adversarios y la sociedad. Ello no se hace a partir de la alienación ni el resentimiento contra una sociedad que te excluye, sino que se ingresa con entusiasmo al mundo, aspirando a cambiarlo en un sentido pleno y humanizador.

Esta identidad proyecto debe pasar por negaciones y no solo por afirmaciones. Queremos centrarnos en las negaciones debido a razones de espacio. Haremos algunas afirmaciones al final del artículo.

Las negaciones deben comenzar por el rechazo activo de lo que hay de intolerable en la Iglesia católica. No hay que temer decir que hay veces que hemos convertido la casa de Dios en cueva de ladrones. Solo volcando las mesas de los cambistas y de los vendedores de palomas los marginados de este mundo se acercarán a la Iglesia buscando su liberación. Esto lo ha analizado largamente revista *Mensaje*.

La segunda negación se relaciona con la noción de que este es un mundo que no solo es creación de Dios y expresión de la libertad de su Hijo, sino que también es gobernado por el mal y el pecado. Y hay ídolos del foro que debemos atrevernos a confrontar. Entre ellos, el rechazo que el laicismo y el liberalismo vulgares y beligerantes expresan hacia la irrupción de la

¹ Castells, Manuel: *La era de la información*, Volumen 2, “El poder de la identidad”. Alianza Editorial. Madrid, 1998, pp. 28-34.

religión en la esfera pública. Si no se confrontan, nada nos impedirá ser buenos ciudadanos y cristianos anónimos sinceros, pero la sociedad chilena perderá en pluralismo, diversidad y, sobre todo, en trascendencia. Desarrollemos este punto.

DISTINGUIR LAICISMO DE LAICIDAD

La laicidad es la separación de la Iglesia del Estado. Es fruto precioso de quien dijo “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, fundando el pluralismo moderno. Pero, por cierto —agreguemos—, es así siempre que el César respete sus deberes para con los hombres y Dios. Pues en caso contrario ya Antígona nos enseñó a invocar leyes no escritas para enfrentar al soberano injusto. Esta es, por lo demás, la enseñanza del cardenal Raúl Silva Henríquez, que se enfrentó a quienes le reclamaron desde la derecha que los curas no debían meterse en política. Es paradójico que a ratos hoy se observe una inversión de los papeles. La verdad de los reaccionarios de ayer, hoy es proclamada por los presuntamente modernos y revolucionarios.

Es cierto que la Iglesia ha sido parte de intolerancias y violencias abominables. Por ellas ha pedido perdón. Pero los partidarios de ideologías laicistas debieran ser también más humildes al condenar con justicia los horrores de un catolicismo que no es digno de pronunciar el nombre de Aquel que llamó a amar a los enemigos y a rezar por los que lo perseguían. Como lo prueba la historia del siglo XX, ideologías seculares como el marxismo y el capitalismo han causado decenas y decenas de millones de muertos². Muchas veces esa intolerancia ha girado en contra de la propia Iglesia. La persecución violenta contra los católicos en América Latina, África, Asia y Europa ha sido de tal magnitud que el historiador Jean Delumeau ha señalado que se calcula en 40 millones los mártires cristianos desde la época de Cristo hasta nuestros días, de los cuales 27 millones pertenecen solo al siglo XX. Más allá de las cifras, siempre controversiales, Delumeau afirma que “se puede afirmar con certeza que en ninguna época de la historia se ha perseguido, torturado y ejecutado a los cristianos tanto como en la nuestra”³. Fanáticos violentos hay en todos los bandos.

Pues ser laico no es ser antirreligioso ni anticatólico. De hecho, millones de chilenos son creyentes y laicos —ni clérigo ni clericalistas— y no ven contradicción en ello ni recurren al psiquiatra por tal motivo. Un intelectual agnóstico, como Umberto Eco, ha reclamado contra los excesos del laicismo en Europa⁴. Eco piensa que quizás se esté exagerando con esto o con la prohibición de que las mujeres llevaran un *chador* a la

escuela o que a los católicos franceses se les prohíba exhibir sus crucifijos en las escuelas públicas. Mal que mal, Andorra pertenece a Francia y está cogobernada por el Presidente de la República francés y un obispo de la Seo de Urgel⁵. En suma, está bien la laicidad, pero la extrema separación y abierta hostilidad entre Estado e Iglesia parecen ser a ratos más bien expresión de un fanatismo y un dogmatismo que de laico no tienen nada. Laico es una persona no dogmática, tolerante y abierta a la verdad del otro.

Siguiendo a otro intelectual italiano, llamado Claudio Magris, laico es el que somete toda idea a la crítica de la recta razón y de una fundada lógica, y que sabe reconocer en la fe una creencia supra racional. Laico es el tolerante que se aproxima a la pluralidad como expresión de riqueza y que ve en el conflicto motor de vida. Laico es el que duda de sus certezas y cuestiona sus pretensiones. Laico es el que destruye los ídolos, afirma con humildad sus verdades, es capaz de creer profundamente en sus valores, pero reconocen que existen otros igualmente respetables. Laico es quien sabe que las decisiones humanas están siempre tocadas por el error y la maldad, por lo que a los hombres siempre nos acecha el extremismo ideológico o el moralismo rigorista. Laico es quien sabe distinguir pensamiento y emoción de fanatismo y visceralidad. Laico es quien abraza una idea sin someterse a ella, y no es ni un moralista avinagrado ni un cínico desvergonzado. Laico es aquel que sabe comprometerse sin perder jamás la independencia final⁶. Laico y católico se puede ser. Juan XXIII dijo ser un laico que había llegado a Papa.

DISTINGUIR EL BIEN COMÚN

Charles Taylor observa que detrás del laicismo beligerante se esconde un desprecio por la religión y una sobrestimación de la capacidad de la razón no religiosa para resolver cuestiones político-morales a partir del diálogo entre personas honestas y de mentes claras. Por el contrario, “las conclusiones religiosas sustentadas serían siempre dudosas y, a la postre, solo convincentes para los que ya admiten los dogmas en cuestión”⁷: por ello la religión no podría dar razón pública de sus dichos en una esfera pública pluralista donde hay muchos que no son religiosos o profesan distintas religiones. Taylor se pregunta si detrás de esta forma de razonar y de imponer desde el Estado determinadas filosofías no se esconde una forma sutil de atentar contra la neutralidad del Estado, que justamente se esgrime para evitar favorecer o perjudicar cualquier postura básica, religiosa o no.

² Glover, Jonathan: *Humanidad e inhumanidad. Historia moral del siglo XX*. Cátedra, Madrid, 2001.

³ Delumeau, Jean: *El cristianismo del futuro*. Mensajero, Bilbao, 2006, p. 31.

⁴ Eco, Umberto: *A paso de cangrejo*. Editorial Debate, Buenos Aires, 2007, p. 283.

⁵ *Ibidem*, p. 285.

⁶ Magris, Claudio: *La historia no ha terminado*. Barcelona, 2008, p. 29.

⁷ Taylor, Charles: “Por qué necesitamos una redefinición radical del secularismo”. En Habermas, J.; Taylor, Ch.; Butler, J., y West, C.: *El poder de la religión en la esfera pública*. Trotta, Madrid, 2011, pp. 56-60.

Paradójicamente, los mismos que piden el silencio público de las razones de teólogos y religiosos exigen debatir en la esfera pública sobre la base de solo algunas filosofías y creencias — las suyas— que sí serían racionales y razonables. Entre ellas, el liberalismo y el utilitarismo. Reclaman que cuando discutamos sobre leyes y políticas públicas de cualquier tipo debemos hacerlo sobre la base de si ellas respetan los derechos de los individuos y la libertad de cada ser humano adulto y autónomo de definir y realizar su proyecto de vida sin más restricción que la de no causar daño a los otros. Aducen que los seres humanos somos racionales y podemos tomar nuestras propias decisiones sin aceptar ninguna clase de paternalismo. Este sería el liberalismo de los derechos individuales, que exige un Estado moralmente neutral que no discrimine entre distintos conceptos de bien. En los debates culturales esta posición campea. Otros aducen que los seres humanos buscamos el placer y evitamos el dolor. Luego, la justicia consistiría en lograr la mayor utilidad o felicidad posible para el mayor número de personas. Es la ética del utilitarismo, que nos pide evaluar si una política concreta producirá o no bienestar al mayor número de seres humanos. En las reflexiones económicas el utilitarismo es señor y dueño.

Sin embargo, veamos que con tales doctrinas no avanzamos mucho en debates centrales de la sociedad contemporánea. Pongamos dos ejemplos, siguiendo a Michael Sandel. Este filósofo ha observado que “con el bien conocido argumento liberal acerca del derecho a abortar se dice que resuelve el problema del aborto basándose en la neutralidad y la libertad de elección, sin entrar en la controversia moral y religiosa. Pero no lo resuelve”. Si un niño nace e inmediatamente es descuartizado por el médico con autorización de los padres, eso se llama infanticidio y es uno de los peores crímenes que pueda cometer un humano. Para algunos, la civilización nace con la prohibición del sacrificio religioso de los niños. Es lo que aprendió Abraham subiendo al monte de Moriah con su despreocupado hijo llamado Isaac. El liberal partidario del aborto como derecho sostendrá que un feto no es un niño y que, si bien ahí hay vida humana, no hay persona con derechos. Pero justamente cuando el liberal afirma esto, entra al debate moral e incluso religioso acerca de cuándo hay vida humana y persona. Y, como dice Sandel, “pues si es cierto que el feto en desarrollo es normalmente equivalente a un niño, el aborto será moralmente equivalente al infanticidio. Pocos sostendrán que el Estado tiene que dejar a los padres que decidan si van a matar o no a sus hijos”⁸.

Lo mismo dice Sandel del argumento utilitarista que busca evitar los juicios éticos. Así, los partidarios de la investigación con células madre embrionarias sostienen que ella es buena por los beneficios médicos que esa investigación podría reportar, “entre los que se encontrarían posibles tratamientos y curas de la diabetes, la enfermedad de Parkinson y las lesiones de la médula espinal. Y argumentan que la ciencia no debería verse estorbada por interferencias religiosas o ideológicas (...)”.

Sin embargo, como ocurre con el debate acerca del aborto, no se puede defender que se permita la investigación con células madre embrionarias sin tomar partido en la controversia moral acerca de cuándo comienza la persona. Si el embrión, por poco desarrollado que esté, es equivalente moralmente a una persona (...); ni siquiera una investigación médica muy prometedora puede justificar que se desmiembre a una persona. Pocos dirán que tendría que ser legal extraer órganos de niños de cinco años para que se prosiga con investigaciones que podrían salvar vidas”⁹. En suma, la controversia sustantiva, que normalmente incluirá las convicciones religiosas, es también inescapable.

EL APORTE DE LOS CRISTIANOS EN LA ESFERA PÚBLICA

Este no es un debate meramente filosófico; es fundamentalmente político. En efecto, el papel que debe jugar la religión en la esfera pública —cerrando el paso a los conservadores— ha llegado a permear a los liberales y laicos. Durante su primera campaña, Barack Obama sostuvo que “la incomodidad que sienten algunos progresistas ante el menor atisbo de religión nos ha impedido a menudo abordar con eficiencia los problemas en términos morales”. Si los progresistas al expresarse políticamente prescinden de todo contenido religioso, “renunciarán a las imágenes y la terminología por medio de las cuales millones de americanos entienden tanto su moral personal como la justicia social”¹⁰. Además de perder una poderosa forma de argumentar y convencer acerca de la bondad de sus políticas, olvidaron que muchos problemas sociales requieren de una poderosa transformación moral. “El miedo a que parezca que ‘hablamos como un cura’ puede (...) llevarnos a olvidar el papel que los valores y la cultura desempeñan en algunos de nuestros problemas sociales más urgentes”, dijo Obama. Encarar problemas como “la pobreza y el racismo, o que haya quienes



⁸ Sandel, Michel: *Justicia*. Debate, Barcelona, 2011, p. 285.

⁹ Ibidem, p. 286.

¹⁰ Ibidem, p. 278.

El cardenal Raúl Silva Henríquez se enfrentó a quienes le reclamaron desde la derecha que los curas no debían meterse en política. Es paradójico que a ratos hoy se observe una inversión de los papeles. La verdad de los reaccionarios de ayer, hoy es proclamada por los presuntamente modernos y revolucionarios.

no tienen seguro médico o un trabajo”, requerirá “que cambie-mos en nuestro corazón y en nuestra cabeza”¹¹. El haber dejado la religión en el campo republicano arrastró a los demócratas a sonadas derrotas durante los últimos treinta años¹². Martín Luther King fue promotor de cambios emancipadores centrales en Estados Unidos y lo hizo guiado por su fe en Cristo. Lo mismo podemos decir de tantos otros¹³.

Si los argumentos anteriores no son suficientes para convencer a un joven contra la tentación de asimilarse a una esfera pública dominada por laicistas y liberales ramplones, sugerimos que se lea a dos grandes humanistas, laicos y, entendemos, agnósticos del siglo XX.

El primero es Jürgen Habermas, defensor valeroso y lúcido de la modernidad y la democracia. Partió creyendo que la religión era “realidad alienante” y una “herramienta de dominación” de los poderosos, en la más pura tradición marxista¹⁴. En una segunda etapa, que comprende entre 1985 y 2000, esa animadversión contra lo religioso queda en silencio en los escritos de Habermas. Quizá, señala Poitier, porque parecía tratarse de una realidad en extinción, el filósofo abandona su actitud combativa y se limita a relegarla al ámbito privado, en el sentido de la laicidad francesa. Pero en una tercera etapa, lo que dicen los textos de Habermas, a partir de *Dialéctica de la Secularización*, es que acepta el cristianismo como factor de justicia universal que, abierto a la razón, provee de sustancia moral a la democracia. Este punto de apoyo puede ser la clave que sirva a la palanca del pensamiento post secular para afrontar los retos del siglo XXI¹⁵.

El segundo es Norberto Bobbio, filósofo del derecho, socialista liberal, que durante décadas intentó construir un concepto mínimo de la democracia. Hace casi dos décadas atrás escribió: “Mi impresión es que el laico como tal, aún cuando tiene sus valores, encuentra dificultad para hacerlos valer porque la razón en la que se basa no tiene, a menudo, suficiente incidencia en el hombre de la calle. Solo a través de una concepción trascendente de la vida tiene autoridad necesaria para que penetren los mismos valores —por ejemplo, ‘no matar’— entre la gente común. En resumen, actualmente en la sociedad de masas la

religión tiene una fuerza de persuasión que no posee el laico”¹⁶. Bobbio no dudó en rechazar la legalización del aborto en Italia, señalando que la vida del no nacido estaba por sobre la libertad y el derecho de regulación de la natalidad por parte de la sociedad. Sostuvo que con el aborto se dispone de una vida ajena. Cuando se le reclamó si no temía que el mundo laico le reprochara sus palabras, Bobbio apuntó al meollo del asunto: “No veo qué sorpresa puede haber en el hecho de que un laico considere como válido en sentido absoluto, como un imperativo categórico, el ‘no matar’. Y a mi vez me sorprende que los laicos dejen a los creyentes el privilegio y el honor de afirmar que no se debe matar”¹⁷.

UNA IDENTIDAD PROYECTO AL SERVICIO DE LA IGUALDAD EN NOMBRE DE CRISTO

La identidad proyecto debe afirmarse en que la Iglesia católica chilena no fue, como otras, enemiga de la república; ha colaborado históricamente con el Estado y la sociedad en el desarrollo de una vasta tarea social y cultural; ha promovido la organización del trabajo, el término de la servidumbre campesina y la reforma agraria, y que defendió como pocas Iglesias latinoamericanas el respeto a los derechos humanos bajo la dictadura militar. Es más, el avance de la democracia en su tercera ola fue vigorosamente apoyada por católicos post conciliares, como Lech Walesa, en Polonia; Cory Aquino, en Filipinas, u Óscar Arnulfo Romero, en América Latina¹⁸.

No debemos olvidar el esfuerzo hecho por el actual Papa para transparentar y sancionar los graves delitos cometidos por miembros de la iglesia, pese a lo difícil que es terminar con la impunidad en instituciones que, desde el punto de vista profano, también están marcadas por lógicas propias de las burocracias.

La negación del liberalismo y laicismo ramplones debe partir por condenar aproximaciones —a estas alturas, superficiales— de lo que son las complejas relaciones entre modernidad y religión, pese a que ello ocupa importantes esfuerzos intelectuales de algunos de los mayores filósofos vivos como, por ejemplo, Jürgen Habermas y Charles Taylor.

En síntesis, la tarea para los católicos chilenos es servir en un mundo que pide igualdad y autogobierno. En dicha empresa habrán de seguir el mandato de “probarlo todo y retener lo bueno” sin olvidar nunca que, como Luis de Valdivia, Diego Rosales, san Pedro Claver, Alonso de Ovalle y san Alberto Hurtado, se deben quedar en la ciudad de Jerusalén, invocando el poder del cielo y dando testimonio en el mundo (Lucas 24, 47-49). **MSJ**

¹¹ Ibidem, p. 279.

¹² Krugman, Paul: *Después de Bush*. Crítica, Barcelona, 2008, pp. 196-197.

¹³ Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 22.

¹⁴ <http://polisfmires.blogspot.com/2011/10/la-conversion-de-jurgen-habermas-al.html>

¹⁵ Ver: *Claves de Razón Práctica*, n° 180. Artículo de Jürgen Habermas: “La voz pública de la religión. Respuesta a las tesis de Paolo Flores d’Arcais”.

¹⁶ Bobbio, Norberto: “Nuevas Fronteras de la Izquierda”. En revista *Leviatán*, n° 47, Madrid, 1992, p. 70.

¹⁷ Entrevista en el diario *El Corriere della Sera*, 8 de mayo de 1981.

¹⁸ Ver: *Revista de Ciencia Política, Instituto de Ciencia Política de la P. Universidad Católica de Chile*, Volumen XX, n° 2, 2000. Mainwaring, Scott: “La supervivencia democrática en América Latina”.